

EL MOVI MIENTO



AÑO 3 | NÚM.4

Revista de Creación Literaria

EL MOVIMIENTO

Año III, número 4

El Movi Miento está configurado como una corriente abierta a la participación de nuestros lectores. Una información más concreta sobre la posibilidad de realizar una colaboración puede encontrarse en nuestra página web

www.elmovimiento.es

Director: José Vicente Rubio “Eire”

Consejo Editorial: Carlos Montero Bandín; José Vicente Rubio; Jesús Sánchez-Girón Forniés; Luis García-Orea Álvarez; José Manuel López Sánchez-Caballero

Cocina: José Antonio Ibáñez Larrauri, “Micky”

Diseño y edición: Olga Espino de Torres-Peralta

© de los cuentos pertenecen a los autores.

© de la revista pertenece al Consejo Editorial.

Imagen de cubierta: montaje diseñado a partir de cuadro de Picasso y fotos relacionadas con Capri y los relatos.

Impreso y publicado en Madrid por Estugraf

Prólogo

¿Qué es lo que buscamos al iniciar un viaje? Difícil cuestión es esta. En mi opinión, cada caso merece una respuesta singular. Este verano me he dado cuenta de que ya no persigo paisajes nuevos, sino más bien reliquias, reliquias literarias para ser exactos.

Cuando desembarqué en Capri, me fui directo a la casa de Curzio Malaparte. La conocía por la película “La Pelle”, basada en su novela del mismo nombre, y quería entrar, subir por aquellas escaleras que conducen no al porche de entrada, sino al techo.

El taxista que me tocó por turno en el puerto, un caprese veinteañero, al explicarle mis deseos me indicó que la casa no podía visitarse, que solo se podía admirar desde una barca, rodeando el acantilado.

—Bien, eso lo haré mañana —me dije—, pero ¿es realmente imposible?

—Salvo que sea usted Gucci, lo dudo —repuso—. Allí solo se dan fiestas de moda de muy alto nivel, y solo entonces se puede entrar. Yo la

conozco: ayudé a subir la comida a la villa en una de esas fiestas. Aunque nos pedían que dejásemos todo el material en la cancela del jardín, me ofrecí galantemente a llevarlo hasta la cocina gratis. Solo así logré entrar. ¡Y nací aquí, mire usted!

Tocaba resignarse.

—Bien, pues lléveme a visitar San Michele — fue lo único que me restaba por decir.

—¡Ah, el señor ha leído a Munthe! —respondió con una sonrisa, mientras iniciábamos la larga cuesta arriba en su taxi descapotable.

El taxista me preguntó si no debíamos parar antes en mi hotel a dejar las maletas. Era inútil, ya iríamos después.

Al llegar, estaba todo tal y como lo describe Axel Munthe en “La historia de San Michele”, la autobiografía del médico y, al mismo tiempo, constructor de la villa.

¿Se conocieron Munthe y Malaparte? Los dos edificaron sus moradas en tiempos cercanos, y en “Kaputt”, Malaparte habla de sus viajes constantes a Estocolmo, donde era recibido por la familia real, la misma a la que el médico sueco terminó por donar Villa San Michele.

—¡Bah, seguro que se conocerían! Aquí todos acaban bebiendo en los mismos sitios: Greene, Gorki, Neruda, Moravia... —indicó el taxista, ya transformado en guía turístico.

Y debía de tener razón, pues este mismo verano terminaron cazando a Boris Johnson dándose un

homenaje en la taberna “Anema e Cuore”, en Capri. No hay tantos lugares donde perderse.

—Pero, siendo los dos escritores tan famosos, ¿cómo es que nunca hablaron uno del otro en sus escritos?

—¡*Boh, roba da Tiberio!* —contestó.

Entonces acaricié la famosa esfinge de la villa para responder con las mismas palabras:

—Sí, *roba da Tiberio*.

Para quien no haya leído a Munthe, debo aclarar que esta es la expresión que utiliza el campesino dueño de la finca donde luego se construyó la villa para designar todos los restos arqueológicos que aparecían en su huerto cada vez que escarbaba con la azada. Para el paisano, estas “cosas” o *roba* no eran más que cachivaches sin importancia que había que tirar por el acantilado; para Munthe, en cambio, eran tesoros para rescatar. La propia villa es un museo decorado con esa *roba da Tiberio* —en alusión al emperador romano que habitó en la isla y mandó edificar allí sus palacios.

En este cuarto número de la revista también traemos con nosotros mucha *roba da Tiberio*: cachivaches, restos de jarrones rotos para unos; auténticos tesoros para otros —como el Equipo Editorial—, que deben ser conservados y merecidamente exhibidos.

La primera *roba* que hemos rescatado se titula “Directo al mentón”, un busto de púgil de

bronce de tamaño casi natural, con la nariz aplastada y un dedo fracturado. La pieza de José Luis Enríquez León logra un equilibrio muy atractivo entre el costumbrismo castizo y la crónica deportiva de tintes existenciales. La vida cotidiana en un restaurante de menú se convierte en escenario de un retrato humano donde lo trivial (el menú del día, la tertulia con el *Marca* sobre la mesa) se mezcla con lo épico (la memoria de un boxeador derrotado por la vida más que por sus rivales).

Entre los cipreses de la villa, excavando un poco, dimos con una estela funeraria doméstica. En su encabezamiento se lee “El viento en contra”. Su grabadora, Chus Amesti, relata la historia de una madre y una hija. El relieve está gastado, como la propia memoria genealógica que aún pretende guiar a los vivos.

Munthe tenía razón: Capri es una isla rica en tesoros. Basta con escarbar un poco sus tierras. En el centro del jardín, donde antaño jugaban los hijos de los patricios romanos, aparece una *tabula lusoria*: un tablero de juego rayado en mármol de atrio. En un latín antiguo se lee “Algunas guerras sin nombre”. Proviene del taller de Pilar Casas, exquisita manufactura para pequeñas batallas infantiles, ensayo de las futuras, donde el juego se convierte en destino.

La excavación continúa. Solo así podemos sacar a la luz los siguientes poemarios. El de Jorge Luis Morales se trata de un conjunto de *óstraca*,

meros tiestos con grafitos, fragmentos mínimos donde la letra y el sonido hacen arqueología del lenguaje.

Y cuando parece que en el reino de los topos no vamos a encontrar más, damos con un camafeo en sardónica bicolor: la poesía de Muriel Augry. Su girasol es un símbolo ambivalente, ya no emblema solar de esperanza como en William Blake o en Allen Ginsberg (*Sunflower Sutra*), sino figura de soberbia, gloria obscena, indiferencia ante el dolor humano.

Ya es hora de descansar de tantos empeños, hora de dirigirnos al hotel, de admirar sus vistas sobre la isla, el Mediterráneo y, más allá, Nápoles. En el comedor, las mesas están decoradas con lucernas de terracota auténticas. La nuestra tiene restos de hollín; en su base se puede leer al poeta Ángel Rupérez. Es bello imaginar cómo esta antigua lámpara romana ofrece una luz de última hora que acompaña cuando todo se oscurece.

En las paredes del comedor puede admirarse un fresco de jardín pompeyano, con aves y flores aún vivos en el pigmento. No es difícil sospechar de dónde lo pudo haber extraído la promotora de este delicioso albergue. Se trata de un catálogo elemental que nos devuelve la alegría de la contemplación. En su esquina inferior puede leerse el poema “Un Mundo Maravilloso” de María de la Sierra.

Es difícil encontrar algo que no resulte de mi gusto, como el exvoto de Eros en bronce con la punta de su flecha rota que decora el pasillo hacia mi habitación. La escultura procede de la fundición de Jaime Pérez de Sevilla y Bautista, y merece la pena detenerse en ella unos instantes, pues despliega un humor elegante y nostálgico disfrazado de epístola celestial.

Por la tarde, aunque el hotel cuenta con piscina, prefiero dirigirme a las escalinatas que descienden hasta el mar. En Capri las playas son escasas; la costa es rocosa, dura, como el fragmento de miliario que encuentro al zambullirme. Es grande como “El Bus”, con inscripciones casi borradas, testigo de rutas y reencuentros, piedra de camino que resume muchas vidas, como la de su talladora Babsy Grandi.

Ha sido, en definitiva, una jornada grandiosa, que despido frente al espejo de bronce con pátina verdosa que honra el tocador de mi cuarto. Me tumbo en mi *cubile*, el lecho del viajero, y pienso en “Ahí Arriba”, el *speculum* de Lu Pérez, que devuelve una imagen hermosa e inestable. Un artefacto misterioso donde lo doméstico se vuelve inquietante al mirarse demasiado.

Todo, todo en esta isla, es mera y, al mismo tiempo, magnífica *roba da Tiberio*.

Eire. Capri 2025

Directo al mentón

La vida cotidiana en un restaurante de menú está llena de clientes habituales. Eso es lo que sucede en el Antananarivo, donde puedes saber el día de la semana solo con echar una ojeada a los platos del día o pasar revista al comedor. Muchos de los comensales acuden a diario; hay algunos que van uno, dos días a la semana, tres o solo los viernes. Amadeo no falta ni un viernes. Es un tipo peculiar. La discreción de su comportamiento choca con su aparatosa manera de andar. Una llamativa cojera es la prueba visible de un cuerpo que está machacado.

Plácido, camarero del Antananarivo, y Amadeo se conocen desde hace años. Si acude con esa regularidad al restaurante es por fidelidad a esa amistad que lo une a Plácido, genio y figura de la restauración donde los haya. Su relación de buenos amigos se cimentó en noches interminables de juergas de las que ambos guardan respetuoso silencio y más de un secreto. Lo que pasó, pasó. Los dos lo saben solo con mirarse. Amadeo no es de esas personas que hable mucho. Siempre pensó que abrir la boca de más puede traer problemas. Lo de

hablar por los codos se lo deja a otros, en especial a esos personajes que abundan en las barras de los bares y que, entre trago y trago, sientan cátedra sobre cualquier cuestión.

Amadeo es de los que observa y habla lo preciso. Pude comprobarlo en una ocasión durante una tertulia improvisada que compartí con él, con el Marca de testigo sobre el mantel de papel, tras dar cuenta del completo menú del día con café y chupito a cuenta de la casa. Fue con la intermediación de Plácido, que desde hacía tiempo me había puesto al día de la vida y obras de su amigo. Cada viernes, Plácido le reservaba la misma mesa, junto a la ventana del comedor, en la que repasaba en soledad la actualidad deportiva entre bocados. Habíamos coincidido en varias ocasiones, pero esa fue la única en la que intercambiamos impresiones. No entramos en grandes detalles, ni abordamos temas en profundidad, pero la conversación fue agradable. Si en algo nos extendimos fue en alabar a Plácido. Teníamos nuestros motivos. En su caso, una amistad de años, y en el mío, la admiración hacía una persona que derrochaba simpatía y que se movía por el comedor con la misma prestancia que en un salón de baile.

Desde entonces, Amadeo y yo tampoco volvimos a compartir mesa. Como mucho, cada viernes nos saludamos con la cortesía mínima que imponen las reglas de educación: digo buenas tardes,

saludo con la mano y él asiente con un leve giro de la cabeza de arriba abajo.

El ambiente que se respira un viernes en un restaurante que sirve menús del día en poco se parece, o en nada, al del resto de días laborables de la semana. Los trabajadores de las oficinas cercanas son los principales clientes de la casa y el viernes las comidas se alargan más de la cuenta sin que falte alguna copa de más y hasta alguna salida de tono. Los viernes hay más ruido en el local y los ánimos de los comensales son distintos. Sin embargo, para Amadeo nada cambia. La rutina es la misma. Solo el día que me senté en su mesa hubo algún aliciente.

Plácido me había hablado tanto de él que yo conocía una gran parte de su vida y obra. Se notaba que Plácido lo apreciaba. Aunque iba de una mesa a otra llevando los platos con la precisión de un reloj suizo y atendiendo a la clientela, entraba en la conversación que mantenía con Amadeo en el momento justo. Era como si tuviera la oreja pegada a nosotros.

Me sentí un poco impostor al tener a Amadeo frente a mí. Era por la extraña sensación de hablar con alguien del que conoces muchas cosas, mientras que él lo ignora todo de ti. Y allí estaba yo, en esa mesa cuadrada que, por momentos, parecía el ring en el que Amadeo hace muchos años levantaba los brazos en señal de victoria tras tumbar a sus rivales. No era el caso. No hubo golpes. Ni

directos, ni crochet, ni ganchos. Amadeo solo estaba pendiente de la actualidad deportiva, el resto de lo que pasara en el mundo le traía al paio. Eso sí, se quejó amargamente de que la información de boxeo se limitara a un breve en la edición de ese día del Marca.

El rostro de Amadeo lo delataba. Tenía un mentón firme, la nariz deformada a base de golpes, abultados párpados bajo los ojos, cejas pobladas y una amplia frente. Cada surco en forma de arruga que atravesaba su cara delataba los avatares de su profesión. Sin embargo, lo que me llamó de verdad la atención fueron sus manos. Eran grandes y poderosas. En el dedo anular de la mano izquierda llevaba dos anillos de oro. Uno junto al otro.

En los tiempos de gloria, cuando no había púgil que se le resistiera, nunca le faltaron exuberantes mujeres a su lado. Amadeo exprimió al máximo aquellos días de vino y rosas. La suerte le sonreía. Sin embargo, la fortuna no es eterna, también tiene fecha de caducidad. Otra cosa es descubrir el momento exacto en el que es mejor que tirar la toalla.

Mucho tiempo después de que su carrera se fuera al traste, el reencuentro inesperado con una chica del barrio le devolvió la ilusión. Era la hija del dueño de la tienda de ultramarinos en la que su madre hacía la compra. De niño, cada vez que Amadeo la veía en el establecimiento se ruborizaba

y se escondía tras la falda de la madre. Ambos tenían casi la misma edad.

Hacía tiempo que los focos de la fama de Amadeo se habían apagado y que comenzaba a vivir de prestado. Tras estar en todo lo alto, besó la lona más de la cuenta. Ya solo se trataba de sobrevivir. Sin embargo, esa mujer le limpió las heridas con una entrega que no había conocido jamás, que ni siquiera se planteaba que pudiera existir. Ella lo ayudó a reconducir su vida. Se enamoraron y contrajeron matrimonio. Tras un par de décadas de convivencia, la moneda del destino que tantas veces se lanza al aire salió cruz. Una enfermedad letal se llevó por delante a su mujer en un abrir y cerrar de ojos. La rabia fue tal que Amadeo destrozó a puñetazos una puerta del hospital Clínico cuando los médicos le comunicaron el fatal desenlace. Plácido lo acompañaba. Él me lo reveló. Fueron los últimos golpes que propinó Amadeo, pero los más potentes y descontrolados. Las secuelas son visibles porque también se fracturó el quinto metacarpiano de la mano derecha y el dedo quedó deformado. Curiosa paradoja para alguien que sabía pelear y que durante su carrera nunca había sufrido una lesión así.

El fallecimiento de su mujer noqueó a Amadeo. Fue el directo al mentón que más le dolió. A diferencia de sus años de boxeador, no tenía a nadie en el rincón del ring que detuviera el sangrado de los cortes en el rostro. Tardó en superarlo. Los

días se hacían largos y las noches, más aún. La casa se le venía encima y daba largos paseos sin rumbo por Madrid. Apenas levantaba la mirada del suelo al caminar y el recuerdo de su mujer guiaba sus pasos. Un día, ese vagar errático lo llevó hasta las calles donde correteó en su infancia. En el barrio de San Blas, donde Amadeo se crio a principios de los años 60, todavía hay quien se acuerda de él. Era el hijo del mutualista del sindicato vertical que aspiraba a ser como Cassius Clay y cruzar los guantes con el campeón del mundo en Las Vegas. La capital mundial del boxeo siempre ocupó un lugar en su imaginario. No sabía ni ubicarla. Conocía su existencia de oídas por las veladas más impresionantes a las que un púgil en ciernes podía aspirar. Ahí se quedó el sueño. Jamás cruzó el charco.

Amadeo se fogueó en las peleas con macarras de barrio en descampados polvorientos. No había reglas, solo la ley del más fuerte. Recibió lo suyo hasta el día que pisó un gimnasio. Todo cambió. En casa, su padre idolatraba a Fred Galiana. Lo había visto pelear en el histórico Campo del Gas del madrileño Paseo de las Acacias y en varias veladas en el Palacio de los Deportes cuando el boxeo era un noble arte que llenaba las gradas de aficionados.

El padre de Amadeo hablaba con más entusiasmo de Fred que de su hijo. Ignoraba tanto a su propio chaval que cuando Amadeo le dijo que

sería boxeador se limitó a dedicarle una mirada de desprecio. Ni una sola palabra. Nada raro porque en la mayoría de las ocasiones solo abría la boca para hacerle reproches o recriminarle que era un inútil y que nunca llegaría a nada. Era su manera de machacarlo, de proyectar en ese niño su frustración. Siempre se reprochó que por culpa de ese mocoso que estaba obligado a mantener se tuvo que casar con una chica del pueblo cuando se quedó embarazada a las primeras de cambio. El resultado era una vida que no deseaba. Para un padre sin ambiciones ni objetivos, el chico era presa de su ira y el responsable de su anodina existencia.

Amadeo prefería pasar las horas deambulando por las calles del barrio antes que ir a casa para evitar cruzarse a su progenitor. Así ocurrió durante mucho tiempo, hasta que encontró su verdadero hogar. Un entrenador del gimnasio del Rayo descubrió su talento y lo acogió. Le dio lo que su padre le había negado o, al menos, lo que él demandaba: cariño. Cuando abandonó los estudios hasta le consiguió un trabajo de chico para todo en la Empresa Municipal de Transportes. En el tiempo libre entrenaba sin descanso. Pasó horas haciendo sombra delante del espejo, saltando la cuerda y machacándose en el *puching*.

Pronto pudo cruzar guantes con rivales en sus primeros combates amateur. Aprendía rápido, era disciplinado, se machacaba de lo lindo y el talento

ponía el resto. No tardó mucho en tatuarse en el pecho la frase *Antes me trago mi sangre que mi orgullo* y, a medida que acumulaba victorias, su fama crecía tanto como su bolsa de ganancias.

Se abrió paso en el mundo del cuadrilátero con el apodo de El Jabato de San Blas. Era la manera de honrar a su héroe de cómic favorito y a su barrio. Al poco tiempo de empezar a pelear como profesional saltaba al ring escuchando a Los Chunguitos, que cantaban aquello de *Vagando por ahí*. La canción le motivaba tanto como el apoyo de los aficionados en aquellas añoradas veladas de boxeo impregnadas de olor a sudor y tabaco.

Un día las cosas se torcieron. Un boxeador sabe de sobra que hay una máxima que no debe olvidar: pegar y que no te peguen. Dejó de protegerse y ahí empezó el declive. Creía que con llegar a lo alto bastaba. La fama, las juergas y las malas compañías empezaron a pasarle factura. Ya era un juguete roto cuando del barrio de San Blas salió un astronauta que llegó a ser ministro.

Tras malograr su carrera como boxeador, la noche y los trabajos sucios se convirtieron en su fuente de ingresos. Las discotecas necesitan tipos como él, que se encarguen de sacar la basura cuando es necesario, que sepan mantener el pico cerrado y sin completar doce asaltos en caso de tumulto en la puerta. Basta con uno y sin necesidad de que suene la campana.

Amadeo una vez llegó a la cúspide del boxeo. Dio más golpes que nadie y los que había recibido ni siquiera le dolían. En un deporte donde en lugar de alejarse del dolor te acercas a él, encajó los directos que duelen de verdad después de colgar los guantes. Hoy en día, Amadeo sabe lo que es besar la lona en más ocasiones de las deseadas y está a punto de disputar su último combate. Tiene el cuerpo maltrecho, los huesos molidos, arrastra una cojera y le faltan piezas en la boca para masticar el bistec con patatas que le sirven en el Antanarivo. Para colmo, el cáncer de próstata ya inició su cuenta atrás. Pero tampoco se quedará tendido sobre la lona, se levantará cada día. Seguirá en el cuadrilátero el tiempo que le quede de vida con el buen sabor de boca del recuerdo de cuando dejaba KO a un rival tras otro. Está preparado para lo que le espera.

Cuando dispute el asalto final y se levante de su rincón por última vez tiene muy claro lo que hará: se tragará su sangre antes que su orgullo.

Acerca del autor

José Luis Enríquez León (Madrid, 1966) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información en la Universidad Complutense de Madrid. Tiene una amplia experiencia profesional en medios de comunicación, en especial de prensa escrita. En la actualidad es redactor jefe de La Tribuna de Cuenca, cargo que ya ha ejercido en otros periódicos.

Escribe relatos desde que era joven y ha publicado la novela negra “Cuando sopla el nordeste” (Ediciones Camelot).

El viento en contra

Aparqué el coche y me agaché para dejar un beso lleno de cariño en el suelo; aquella era la tierra que vio nacer a mi madre y recorrió tantas veces mi abuela. Subí por las angostas calles hasta llegar a la cima, donde reconocí la iglesia medieval, su inmaculada fachada y el campanario. Sonaban las campanas llamando a misa, a funeral.

Cuarenta años me costó decidirme a conocer la tierra que mi abuela mencionaba a menudo. Mi madre, desde que partió a la capital, jamás volvió. No guardaba buenos recuerdos y prefería olvidar ese lugar y a sus vecinos. Solo mantenía correspondencia con la maestra del pueblo.

Es increíble que haya llegado hasta aquí. Si me hubieran dicho, en los años más difíciles de mi vida, que algún día contaría mi historia, lo habría considerado una broma. Pero aquí estoy y tengo mucho que contar.

Corrían los años cuarenta cuando mi abuela, Ana, vivió uno de los momentos más decisivos de su vida. Era un pequeño pueblo donde todos se conocen y todo el mundo opina.



Mi nombre es Ana y vengo de un pueblo de Jaén, situado en plena sierra de Cazorla, regado por riachuelos y afluentes del Segura, un lugar, donde el sol quema la piel y la pobreza se respira en el aire.

Mi marido murió cuando mis hijos eran pequeños, dejándome sola en un mundo que no era amable con las mujeres viudas. No sabía leer ni escribir; firmaba con una cruz. La miseria no tardó en llegar. No había trabajo, no había casi nada. A veces me preguntaba si valía la pena seguir adelante. Pero las mujeres de mi tiempo no se rendían. No de forma visible. Lo que no sabían era que yo, aunque nunca lo dijera, tenía miedo, mucho miedo. Pero el amor por mis hijos me impulsaba a seguir, a pesar de todo.

Decidí abrir un pequeño negocio en casa. Retiré la reja de una ventana y, con lo poco que tenía, empecé a vender aceite y productos no perecederos. Mi casa se convirtió en una especie de tienda y cantina improvisada, un refugio para quienes buscaban algo de lo que yo ofrecía.

Y luego llegó él. Un hombre viudo con hijos, con una posición social mucho más alta que la mía. Ya no era joven, pero su mirada y sus palabras me hicieron olvidar, por un momento, la pobreza en la que vivíamos. No era un amor apasionado, sino una necesidad compartida de compañía y afecto. Un señorito andaluz que nunca estuvo dispuesto a comprometerse de verdad. Yo pensaba

que, si dos personas compartían soledad y lucha, podían ser algo más. Quizá podríamos hacernos compañía.

Él me regalaba los oídos con palabras bonitas, me decía que admiraba mi fuerza y que podría darme una vida mejor a mí y a mis hijos. Me hizo creer que había una salida, aunque sabía que jugaba con fuego. La necesidad de afecto a veces nos lleva a tomar decisiones que lamentamos. Yo no sabría decir si me quería de verdad, pero me ofrecía algo que no tenía: esperanza.

Nos vimos en secreto conscientes de que lo que hacíamos no sería bien visto. Sin embargo, después de nuestro último encuentro, él desapareció. Sus últimas palabras fueron: "Ana, voy de caza unos días por Cazorla". Regresó otro hombre, con otros planes. Se casó con una mujer simple y con salud delicada, pero más adecuada a su posición. No sabía si reír o llorar. Supongo que elegí lo segundo, aunque en silencio, con el corazón roto.

Los días pasaron y con ellos llegó lo que no me podía imaginar: estaba embarazada. Las mujeres del pueblo pronto lo supieron, y el juicio llegó antes de que pudiera decir una palabra. Me convirtieron en la mujer marcada, la mujer de "las cuatro letras", la que no había hecho las cosas como Dios manda. A nadie le importó que él me hubiera prometido cosas que nunca cumplió. Lo peor fue que esas mismas mujeres, que antes nos ayudábamos

mutuamente en traer hijos al mundo, me dieron la espalda. Nadie quiso darme su apoyo. Me dejaron sola.

El día que di a luz a María, una mañana de junio de 1943, no hubo tiempo para pensar. Con contracciones, doblada por el dolor, me levanté de la cama, mientras mis hijos dormían tranquilos, ajenos a todo. Me puse en cuclillas y, sin más ayuda que la mía, corté el cordón umbilical. No hubo comadrona, ni médico, ni asistencia. Solo yo, el sol que se colaba por la ventana y un dolor inmenso.

Horas después, con la niña en brazos, me dirigí al río para lavar la ropa manchada de sangre. Frente a la mirada atónita de las mujeres que me habían rechazado seguí adelante, porque no tenía otra opción.

Mi hija, María, creció fuerte sin saber quién era su padre, aunque su aspecto físico, especialmente sus ojos, lo delataban. Aunque nunca le hablé de él, los niños del pueblo no perdonaban. La llamaban por el apellido que no llevaba. Los días en la escuela eran terribles para ella. Intentaba protegerla, pero no podía evitar que sufriera. Nadie estaba dispuesto a ayudarnos.

María siempre quiso saber quién era su padre, no para buscarle un lugar en su vida, sino para "agradecerle" todo lo que nunca hizo por ella. Yo temía que, si le contaba la verdad, solo encontraría más dolor.



El hambre y la miseria marcaron la vida de mi abuela, mi madre y sus hermanos, y fue por esa razón que un día, cansados de todo, decidieron abandonar el pueblo. La ciudad los esperaba y, aunque las penurias no terminaron de inmediato, hallaron en la capital una oportunidad de reiniciar sus vidas.

En Madrid la familia encontró trabajo y, poco a poco, la vida comenzó a sonreírles.



María consiguió un buen trabajo en la consulta de un dentista, se enamoró de un buen hombre, se casó y tuvo una hija a la que puso su nombre.

Pero la felicidad fue efímera. Un accidente de tráfico se llevó su vida al regreso de unas vacaciones. Dos días luchando entre la vida y la muerte en el hospital, hasta que un médico confirmó el desenlace.

Todo mi mundo reventó contra mi pecho.

En mi última visita al pueblo, vestida de luto y con el alma rota, las mismas cotillas de siempre se encargaron de llevar la noticia de la muerte de María a los oídos de su padre. Él solo preguntó "si había dejado familia".

Antes de morir sentí la necesidad de contarle a mi nieta mi secreto. No quería que su historia fuera un rompecabezas sin piezas. Quería revelarle la verdad sobre el hombre que me dejó. Por cierto, ella también heredó, como su madre, los ojos de su abuelo. Después de escuchar mi relato

en silencio, mi nieta, tomando mis manos, me dijo: "Tranquila, mi madre siempre supo quién era su padre. En el colegio, los niños le gritaban el apellido que no llevaba. Supongo que solo quería confirmarlo".

No quería llevarme ese secreto a la tumba, mi alma pedía liberarse. Lo único que me quedó fue el consuelo de saber que mi historia viviría en mi nieta: "Ahora eres tú quien lleva la fuerza de nuestras luchas y nuestros sueños. No importa lo que nos diga el mundo, ni lo que se espere de nosotras. Siempre podemos seguir adelante, siempre podemos encontrar la fuerza, incluso cuando todo parece perdido".



Cuando hablé por teléfono con el párroco del pueblo para solicitar una misa en nombre de mi abuela y de mi madre, quiso indagar, conocer detalles, hacer preguntas... No tenía ganas de revolver el pasado. No quiero saber quién era mi abuelo, ni qué fue de su vida ni de sus tierras. No siento esos lazos de sangre, aunque la gente se empeñe e insista. No siento desprecio, ni afecto. Solo indiferencia.

Porque, al final, él solo fue parte de quien dio vida a la mujer que me dio la vida.

Acerca del autor

María Jesús Amesti (Madrid, 1966) es economista con más de tres décadas de experiencia en banca. Escritora aficionada y autora de relatos breves, ha participado en varios certámenes literarios y sus textos han aparecido en antologías colectivas.

Su obra se caracteriza por el humor sutil y el retrato de lo cotidiano.

Algunas guerras sin nombre

*“La vida no es lo que uno vivió,
sino lo que uno recuerda”.*

G. García Márquez

El olor a café acompañaba el ritual de los desayunos y, aunque tenían lugar en dos ambientes distintos, aquel agradable aroma lo envolvía todo. Nuestros padres desayunaban de un modo formal en el comedor y nosotros en la cocina y a la carrera. Tomábamos leche con galletas María, un tentempié acompañado de una cháchara de fondo en la que sobresalía el soniquete, “daos prisa que vais a llegar tarde”. Al acabar salíamos apresuradamente hacia el colegio.

En casa había una norma no escrita que consistía en que a partir de los siete años ya teníamos *uso de razón* y, por lo tanto, capacidad para actuar con sensatez. Eso suponía también que podíamos ir solos al colegio. Como mis dos hermanos mayores ya habían rebasado esa edad, salían sin esperar a nadie. Se habían vuelto insoportables y no perdían ocasión de presumir de su estatus de “mayores” delante de todo quisqui. Pero, aunque se las dieran de superiores y trataran de aprovecharse, yo

los veía como siempre y cuando se acatarraban les colgaban los mocos igual que a los demás.

Mi primer curso con siete años ya cumplidos coincidió con el comienzo de la etapa escolar del pequeño Nando, que acababa de cumplir cuatro años. Ante esta situación, no parecía aconsejable que empezáramos a ir solos al colegio, por lo que o bien mi madre o bien la asistente, nos acompañaban. Llevábamos una marcha lenta porque Nando era muy pequeño y todo le llamaba la atención y, aunque era muy bueno, también cogía de vez en cuando alguna rabieta y el ritmo se frenaba. De esta forma transcurrieron aquellas idas y venidas hasta las Navidades.

Pasadas las fiestas, acordaron que me había entrado el *uso de razón* y por tanto ya podíamos ir solos al colegio. A los dos mayores se les advirtió que en adelante tendrían la obligación de acompañarnos, tanto en los trayectos de ida como en los de vuelta. Ya desde el primer día fue llegar al portal y echarse ellos a correr. No querían ir acompañados de pequeños porque eran unos llorones, ni de niñas porque éramos cursis. Así que no me quedó otra que aprender a sortear cruces peligrosos, coches o lo que viniera.

Íbamos a un colegio algo alejado de casa por lo que cada mañana nos aventurábamos por un recorrido que entonces, para mí, era largo y no exento de obstáculos. Salíamos los dos de la mano, confiados el uno en el otro y tranquilos. Mi

hermano, aunque pequeño, se daba cuenta de que yo tenía que cuidar de él y, la verdad es que no volvió a coger ningún berrinche y fue siempre un buen aliado. Si ya Nando me había parecido siempre el niño más rico del mundo, a raíz de entonces nos unimos más y nuestra amistad infantil creció durante aquellos largos recorridos. Hablábamos de las cosas que nos llamaban la atención o nos inquietaban. A veces me contaba lo tonto que era algún niño, guardábamos secretos compartidos y tratábamos de aclarar nuestras dudas.

Recuerdo una vez que, algo perplejo, me dijo:

— Oye Adita, la maestra nos ha dicho que Dios está en todas partes. No lo entiendo mucho. ¿Y tú?

— Creo que eso pasa porque es tan tan grande que lo ocupa todo, pero como es invisible no podemos verle —le respondí.

— ¡Aahh... ahora creo que ya lo entiendo!

Todo transcurría de manera más o menos controlada hasta que llegábamos al cruce de una calle muy ancha, plagada de coches en las dos direcciones y con los semáforos en ámbar intermitente; aquello era un verdadero galimatías, y atravesarla, una pequeña batalla. Por más que mirábamos, cuando creíamos verlo todo despejado, siempre aparecía algún coche o autobús.

Salvado aquel primer escollo, el segundo y peor lo encontrábamos un poco más adelante cuando, siguiendo ya por una amplia acera, aparecía a nuestra derecha la entrada de un cuartel

del ejército flanqueada por dos soldados que hacían guardia con sus fusiles delante de sus garitas. Pasar frente a aquel enorme portón custodiado por unos militares tan grandes con las armas en la mano era como atravesar el frente. Para nosotros, una guerra. A medida que nos aproximábamos a un territorio que a todas luces era peligroso empezábamos a caminar cada vez más despacio, aturridos por un miedo incontrolable. Le estrujaba con fuerza la mano a Nando, que ni siquiera se quejaba y, hablando muy bajito, decidíamos la estrategia a seguir para salir ilesos un día más.

Tras varios ensayos y experimentos llegamos a tener claro que solo había dos tácticas que funcionaban. La número uno consistía en cerrar los ojos muy fuerte y pasar corriendo a toda velocidad mientras arrastraba a Nando para que no nos vieran. La otra, la número dos, básicamente era la opuesta a la anterior ya que se trataba de pasar lo más lentamente posible, adivinando de soslayo los movimientos de los guardianes. El objetivo de esta estrategia era el de no parecer enemigos en desbandada. Pero tenía el inconveniente de que al final casi siempre entrábamos en pánico y echábamos a correr con el riesgo de ser descubiertos.

En los días de lluvia nos poníamos unas katiuskas: las de él eran azules y las mías blancas. Con ellas nos gustaba adivinar hasta dónde nos llegaría el agua en cada charco que encontrábamos; sin duda nuestros favoritos eran aquellos en

los que el agua nos llegaba casi hasta el borde de las botas. A veces el cálculo nos fallaba y el agua se colaba dentro, provocando las risas del otro y, al final, las de los dos. Entre probatinas y chapoteos casi siempre acabábamos calados.

Una mañana, bajo un intenso aguacero, al llegar al cuartel acordamos utilizar la táctica número uno y pasarlo rápido porque ya estábamos empapados. Así que cerré los ojos, con una mano cogí firmemente la de mi hermano, con la otra sujeté el paraguas y echamos a correr como una exhalación tratando de burlar al enemigo. Como íbamos a ciegas, en mitad de la travesía resbalé en medio de un gran charco y caímos los dos de bruces en aquella pequeña laguna. Aunque no nos hicimos daño, empezamos a llorar. Habíamos caído en territorio hostil, nos habíamos hecho visibles y no había vuelta atrás. Pero si aquello ya era malo, peor fue ver, por el rabillo del ojo, como uno de los soldados abandonaba la garita y se dirigía fusil en mano hacia nosotros. Ya no quería ver lo que vendría a continuación. Pero lo sorprendente fue que, en lugar de dispararnos, nos sacó del charco esbozando una sonrisa.

— ¿Nos vas a detener?

— ¡No, claro que no! ¿Pero qué decís? — dijo mientras sonreía —. No estamos aquí para detener niños. ¿Cómo os llamáis?

— Mi hermana se llama Adita y yo Nando. ¿Y tú?

— Yo me llamo Lucas. Os veo muchos días pasando por aquí muy asustados. Desde ahora espero que no volváis a tener miedo, así que venga, ¡en marcha! Y en cuanto lleguéis al cole decís que llamen a vuestra casa para que os traigan otra ropa.

¡Pero qué importaba esa minucia! ¡Nos habíamos salvado! Además, si llamaban a casa, me regañarían por hacer el tonto o ¡vete tú a saber por qué! Así que acordamos guardar silencio.

Desde entonces, pasar por delante del cuartel ya no era una batalla. Y si Lucas estaba allí, era un aliciente porque nos hacía un saludo militar o nos guiñaba un ojo. Si íbamos acompañados de algún amigo, o por casualidad nos habíamos encontrado con nuestros hermanos mayores, aprovechábamos para chulearnos un poquito.

Nunca contamos lo sucedido, pero aquella guerra había concluido para nosotros. Con el paso de los años descubriríamos muchos charcos y otras muchas guerras sin nombre. Veríamos que de unas se sale intacto, pero de otras se sale con la sensación de que nada vuelve a ser lo mismo.

Acerca del autor

María Pilar Casas (Zaragoza, 1955) es licenciada en Bioquímica. Su trayectoria profesional ha estado vinculada principalmente a la docencia. Empezó a escribir casi por casualidad. Los fragmentos de conversaciones y anécdotas que se surgen cada día en la calle, en el metro o en cualquier otro espacio son su fuente de inspiración. Lo escuchado, lo vivido o lo imaginado se entrelazan en todas sus narraciones. Ha participado como coautora en varios libros de relatos breves.

POESÍAS

POEMARIO ONCE

Once

Poco a poco
Con muy poco
Poco

A tan rápidos
A tan ras
Pas

Tras las palas
palo de duz

Tras las palas
palo

Palos detrás
p

Oquedad

Gafas de sol

Algún día serán para ti
estas gafas de sol
Las dejó aquí para ti
Para ti su funda para ti su honda para toda su ti
para todo su fin paratoso su tim
bre su brete su mimbre paratoso se guarda ahora y
para sí todo y por ti

Su estuche
Me ha dejado su estuche
me deja su funda marrón
me deja su fonda marrón
su onda

Caben grillos dentro
cabe nácar
cabe crujir
cabe hacer crujir

Cabe hacer reír al crujido
y luego abrocharlo
para que quede

Los Llanos

Tienes que ir y no quiero irte
Tienes que oír.

Solo
Mi primer avión

Azafata de fragancia hueca
como el escote del odontólogo
me acompaña por la pista: es de tierra

Me arde el tímpano al aterrizar
me ha quedado débil un oído
y ronco
dentro
el eje de las hélices

Óxido

Roza la trenza de la alambrada con la yema del
dedo

Pespunte de sangre al pasar
cúter

Y el óxido de espino, sarmiento de vid,
le inyecta lajas de sensualidad y miedo
Las chapas atrapadas con su herrumbre
Las placas desbordadas de tizne ocre
Carne interior del metal

Lente de aumento:
belleza en el cuenco reposado de las cosas cuchara
álabe

amargor de cuño
troquel sin incendio

rótulos adheridos al tiempo
como una lámina invadida
de certeza

POEMARIO LA PARTIDA LENTA NÚMERO UNO ENTRE CARLSEN Y CARUANA

[Deseo]

El pámpano del emparrado
agitándose
sin brisa,
empausado su opaco de uva.

[Discurso]

Cuántas veces pasas por una palabra recorrida
por su borde duro hasta apelmazar su limo.
Cuántas veces pasas por una palabra
rehabilitada en ciernes,
despojándose.
Cuántas veces las palabras son solo el paso
hacia el hueso de una palabra antigua,
merodeada
para no ocuparla,
para no decirla en su voz revolcada
por un lento erizo en sombra.

Retiraron los andamios,
su núcleo inmenso y volátil,
suplido ahora de argollas el lenguaje
con el roce repintado de esa gárgola.

[El nadador]

A pulmón recorría todas las superficies;
con inquietud esperábamos su leve rebote,
emergiendo con condecoraciones lentas
de su nutrida forma: inquisición húmeda

que exploraba en él, al palparlo triste.

Estalló su oído en sombra,
abisal,
germen líquido engarzado
en el cobalto vertical de su raudo ascenso.

Y todo lo seguro, asombro,
toda la mansedumbre de su ala inundada,
remo roto,
cánula devorada por las zarzas del agua.

Aguantar,
aguantar escorado
entre una luz en lo alto y otra luz fondeada
y quieta,
y definitiva en nosotros.
Definitivamente inmersa.

Permanecer enteros

Tras las tarascadas, averiguas
el cosido del dolor.
Repasas el costurón, el agua sobrante, apelmazada,
que se abrocha a la carne sin contorno,
como un dique duro.

El cursor del dedo aplasta su hinchazón endeble
y nace un río de huellas, un descenso: un beso de
vaho.

Nos despojamos. Nos recomponemos.
Como un reequilibrio en que poner a cada bocado,
al otro lado de la balanza, algo más leve.

Que lo cercenado no sea mengua,
sino ocasión de inflar su globo de contrapeso.

Hay mermas de angustia:
ponemos la pesilla, su metal compacto,
con la sustancia de un temblor.

Acerca del autor

Jorge Luis Morales (Madrid, 1968) es un profesional con doble titulación en Derecho y Filología. Combina su carrera como profesor universitario y abogado con una prolífica actividad como poeta, habiendo publicado poemarios como “Plan de escuchas en bicicletas de paseo” y “Luces de navegación”.

Además, ha promovido y participado en obras colectivas y festivales de poesía. También se desempeña como editor de libros y revistas, autor de artículos de crítica y como investigador sobre el uso estratégico del lenguaje.

Tournesol voleur d'espoir

*De rage je te crache
De rage je te noie
Dans les puits des villes
L'égout des campagnes*

*Cœur d'ambre gelé
Aux pétales hirsutes
Tu trônes dans la salle
Salues les marchands mangeurs de mots*

*Tu souris aux mendiants qui parlent à la lune et
supplient
les étoiles
Tu savoures ta gloire obscène*

*Tournesol impie
Que ne renie-tu pas ta superbe
Pour offrir à l'homme usé des poussières
d'espoir*

Girasol ladrón de esperanza

De rabia te escupo
De rabia te ahogo
En los pozos de las ciudades
La alcantarilla del campo
Corazón de ámbar helado
De pétalos desgredados
Reinas en la sala
Saludas a los mercaderes comedores de palabras
Sonríes a los mendigos que hablan a la luna y
suplican
las estrellas
Saboreas tu gloria obscena
Girasol impío
Por qué no reniegas tu soberbia
Para ofrecer al hombre desgastado polvillos
de esperanza

Orange comme miel au soleil

*A l'angle du sourire
Il parcourt à vive voix
De la Sierra Nevada les vallées suspendues sur un fil
d'horizon*

*Ce soir le silence s'enflamme
Se fait tambour
Roule ses oripeaux sur le parquet de vers usés*

*D'embrassements furtifs
En glorieuses ruptures
Mots à tous vents
Fièvre heureuse comme l'aurore*

*Orange comme miel au soleil
Que l'on effleure à pleine bouche*

*De l'une ou l'autre troublant alter ego
Il donne âme à l'âme
Souffle sur la vague dans l'ombre tapie
L'absence se fait chair criante*

*Sur un papier bavard des signes de mémoire
Sur un papier buvard le visage des jours feu*

Naranja como miel al sol

*En la esquina de la sonrisa
Él recorre a voces
De la Sierra Nevada los valles suspendidos encima de
un hilo de horizonte*

*Esta tarde el silencio se arrebola
Se vuelve tambor
Hace retumbar sus oropeles en el entarimado de ver-
sos gastos*

De besuqueos furtivos
En gloriosas rupturas
Palabras a los cuatro vientos
Fiebre feliz como la aurora

Naranja como miel al sol
Que uno roza con toda su boca

De la una o de la otra el alter ego provocativo,
Él da alma al alma
Sopla la ola en la sombra agazapada
La ausencia se vuelve carne en aullidos

En un papel hablador signos de memoria
En un papel secante el rostro de los días de fuego

La vague rouge

*J'aurais voulu te croiser à l'heure où le crépuscule s'em-
brase*

Dans l'été caniculaire

*Lorsque les mûres sauvages pressent leurs juteuses
boursouflures*

Contre les turgescences des rameaux

J'aurais frôlé les goélands mâchant l'espace

D'un bec

Et souri de leurs hardiesses

*J'aurais humé les embruns jusqu'à l'ivresse
et scruté la vague rouge*

J'aurais cherché à t'apercevoir

Dans les faisceaux intermittents

Du phare centenaire

La ola roja

Hubiese querido cruzarte en la hora en que arde el
crepúsculo

En el verano canicular

Cuando las moras silvestres exprimen sus jugosas
hinchazones

Contra las turgencias de los ramos

Hubiese rozado las gaviotas masticando el espacio

Con su pico

Y sonreído de sus audacias

Hubiese olido el rocío marino hasta la ebriedad
y escrutado la ola roja

Hubiese buscado vislumbrarte

En los haces intermitentes

Del faro centenario

Acerca del autor

Muriel Augry es poeta, narradora breve y ensayista francesa, nacida en París (Francia). Autora de doce poemarios publicados en Francia, Italia, Rumanía y Marruecos, su obra ha sido traducida a una decena de lenguas. Ha participado en numerosos volúmenes colectivos y creado libros de artista, además de formar parte de varias sociedades literarias.

A lo largo de su trayectoria ha recibido diversos premios literarios en Europa.

EL ÚLTIMO CONSUELO

Domingo 19,4,20

Si escamoteas la luz, te quedarás sin nada y serás
pobre y ningún crepúsculo
acudirá en tu ayuda, cuando lo necesites y ya no
puedas más.

Solo la luz te será suficiente, y solo ella te elevará
a las cimas

de la compasión que necesitas para sobrevivir a
estas fechas

marcadas por el dolor que atraviesa todas las
manos abandonadas,

las que no tienen a nadie al lado a la hora de morir,
ningún aliento ni ninguna compartida sensación
para sellar acuerdos de última hora:

“Te he amado, aunque no pudo ser que el amor
nos colmara”.

Cualquier cosa de esas, o una simple mirada
compasiva, o un susurro

al oído, el último adiós, la última declaración de
amor, el último recuerdo,

cuando la lluvia se sumó a nuestras zancadas
milagrosas sin hacer ruido,

o cuando en los aleros despuntó el barro cocido de
las golondrinas

y se oyó un lejano aleteo, como de paciente
retorno presentido

cuando la infancia anotó la fecha y creyó soñar
que volverías.

Quién sabe, a lo mejor aquella remota memoria tal
vez resucite
y en ese doloroso instante un sentido último
penetre en el adiós.
Esa clase de luz de última hora, verdaderamente
silenciosa y crepuscular,
no podía fallar, y sería con toda seguridad el
último consuelo
del que ahora carecen todos los abandonados a su
suerte, en su última hora.

VICTORIAS SUPREMAS

Sábado mañana, 9,5,20

La mirada es sencilla y su misión es fácil: consiste
en atrapar
los latidos que surgen de las cosas y escrutar su
silencio y su voz,
si es que la tienen, – esos pájaros, la brisa, las
campanas, los coches –
y construir con ellos radares atinados para
encontrar esencias
que puedan ocultarse en rincones oscuros o en
baldosas corrientes.
A veces unas fotos secuencian las presencias y
vuelvo luego a casa
y en la mesa descansan sus fragancias amables
con perfume de brisas.

Si son rosales, vale, y su rojo nos prende como un
fuego que sacia,
y si son petunias, su valor se ilumina con sus
pétalos frágiles.
Y si son unas briznas de hierbas inocentes, en
cualquier roto suelo
o en cualquier tierra árida, el valor se acrecienta
debido a su pobreza.
Conforman en la casa enormes ramilletes que las
fotos ofrecen
y con la luz multiplican sus cromáticos dones para
encender miradas.
De tal manera que la muerte se asusta y regatea
acuerdos y elabora cálculos
y hasta amaga con irse al sentirse incapaz de valer
más que nadie.
Con lo cual la mirada puede clavar banderas de
victorias supremas.

Acerca del autor

Ángel Rupérez (Burgos, 1953) es un autor con una extensa trayectoria en la poesía, la narrativa y el ensayo. Sus obras poéticas se han recogido en "Poemas Reunidos (1983-2018)", y su narrativa más reciente es "Esencial Azar". También ha publicado ensayos como "Sentimiento y Creación", y ha traducido a destacados poetas ingleses, incluyendo a John Keats.

Además de su labor como escritor, ha sido profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Complutense de Madrid y colabora como crítico literario en el diario El País.

UN MUNDO MARAVILLOSO

Un Mundo Maravilloso.
Es verdad lo es, sin lugar a duda.
Oler el aroma de una flor
Sentir entre tus dedos la textura delicada de los
 pétalos de una rosa
Escuchar el trinar de un pájaro.
Sentir el rocío de la mañana al despertar.
Sentir el rumor del aire en tu rostro
El bramar o quejido del viento
Sentir el frescor de la lluvia.
Retener en la retina de tus ojos el arcoíris.
Escuchar las risas de la niñez
Escuchar el murmullo de la corriente del agua de
 los ríos.
El rugir de las hojas de los árboles.
 Sentir en tus mejillas llantos de felicidad.
La agitación del mar, al golpeo en las rocas.
Una puesta de sol, solo/a o acompañado/a.
Observar las estrellas en el firmamento, como si
 estuvieran a nuestro alcance y a la vez tan
 lejanas
Somos afortunados/as de poder sentir todas estas
 "maravillas" que el MUNDO, nos ofrece.
Que nos da "paz y felicidad interior.
Caminar entre el gentío.
Que NO te importe la edad para "hacer y sentir" lo
 que te haga "feliz" en este "mundo llamado
 humanidad" que va tan deprisa.
Ten por seguro que TODO pasa por algo en Un
 Mundo Maravilloso.

Acerca del autor

María de la Sierra (Madrid, 1969) es administrativa de profesión. Se define como una persona sensible y empática, rasgos que también impregnan su manera de acercarse a la literatura y a la vida. "En mis reflexiones, trato de plasmar lo que mi corazón y el alma me indican; son espirituales y románticas últimamente. La música me inspira en mis reflexiones".

Desamor digital

Carta desde El Cielo, a 14 de febrero de 2025

Mis muy estimados mortales:

Mediante la presente, me dirijo directamente a vosotros —por primera vez de forma tan directa—, para transmitir os mi descontento y preocupación. Quizá os sorprendáis ante el contenido de esta misiva, puesto que siempre habéis tenido asociados mi imagen y mi nombre al romanticismo, al amor, al cariño o a la pasión. Pero, precisamente, por ello os escribo.

Estoy muy preocupado por mi mensajero, Cupido. Hace largo tiempo lo notaba algo cabizbajo, desmotivado; pero de unos años para acá, he observado como ha sido presa total del tedio, la apatía y la abulia, cayendo, sospecho, en una profunda depresión. Es más, no solo su actitud ha cambiado, sino también su imagen: sus alas han perdido brillo y frondosidad, tornándose grisáceas y ralas; la venda de sus ojos está raída, casi

hecha jirones; las puntas de sus flechas están romas y han sucumbido al óxido — más prestas a contagiar el tétanos que el amor — ; y su aura, antaño brillante, ahora es tenue.

Por supuesto, lo hablé con él.

—¿Qué te ocurre, estimado amigo? — pregunté.

Se encogió de hombros, por toda respuesta.

—¿Hace cuánto que no vuelas, amigo mío? ¿Cuándo fue la última vez que afinaste tu puntería? ¿Recuerdas la última ocasión en que tensaste la cuerda de tu arco?

Me miró directamente a los ojos. Los suyos, sin fulgor alguno, habían perdido hasta su tonalidad habitual. Carraspeó.

—Mis saetas no encuentran un objetivo que alcanzar desde que aparecieron esas aplicaciones deshumanizadas con las que encontrar pareja, una amistad especial o una simple aventura pasajera. Creo que mi eterna misión ha sucumbido ante la modernidad y no me queda sino languidecer esperando el final de mi era.

Me quedé estupefacto.

¿Por qué os habéis dejado tentar y vencer por dichas invenciones?, ¿por qué os habéis vendido a la vagancia y a lo impersonal? No digo que los avances tecnológicos no sean beneficiosos en cuanto a facilitar determinados aspectos de la vida, pero ciertas cosas no deben doblegarse a la “ley del mínimo esfuerzo”, a la comodidad de la

distancia, al recurso fácil de parapetarse tras una pantalla y hablar por medio de un frío teclado. En algunas facetas, lo pasado, siempre fue, es y será mejor.

Os pido que recapacitéis, que recordéis esos mágicos momentos en bares, terrazas, playas, conciertos o piscinas en las que se comenzaba con un cruce de miradas, una sonrisa, un guiño... Cuando había que echarle valor y lanzarse a hablar con aquella persona, espoleado por la adrenalina, por ese «ahora o nunca», acompañado de la cadencia frenética de nuestras pulsaciones. Esas primeras y tímidas palabras acompañadas de risas nerviosas y rostros sonrojados. Aquellos primeros roces de dedos, sondeando la receptividad. Ese instante de besos robados, sin planes previos ni finales dados por sentado.

Comparad todo eso con las vacuas citas concertadas a través de esas aplicaciones, de esos mercadeos llenos de poses y falsos currículos. ¿No era mucho mejor cuando se encontraba a alguien, ya fuese con intención de hacerlo o no, y se jugaba a la improvisación? ¿Acaso no era más meritorio y desafiante que esperar a que vuestra aplicación os avise de la cercanía de una persona que encaja con vuestro perfil? ¿De verdad preferís conocer a alguien por las primeras y mudas letras pulsadas en una pantalla que por el sonido de su voz? ¿Vais a negarme que vale más un primer susurro al oído que el tono de una notificación?

Aprovechad ahora que, por fin, se cayeron las mascarillas y se disipó el virus para retomar esas viejas historias de cortejos. Devolved la ilusión por su labor a mi mensajero. No seáis cómplices de ese ostracismo en el que se ve obligado a marchitarse. Volved a buscar la magia del encuentro cara a cara, en lugar de optar por el escaparate digital. Recordad aquel estribillo que decía: «No hay como el calor del amor en un bar».

Afectuosamente,
San Valentín

Acerca del autor

Jaime Pérez de Sevilla y Bautista (Madrid, 1983) es abogado, actor de doblaje, locutor y escritor.

En el ámbito literario debutó en 2021 con la novela “El mañana nos pertenece”, publicada por el sello digital de Planeta (Click Ediciones-Planeta). En 2024 publicó su segunda novela, “Sucedió en Benahambra”, con la editorial Estrella del Norte.

Además, ha publicado tres relatos de terror con la editorial Diversidad Literaria entre 2021 y 2022.

El bus

Hace días que no puedo salir de Marsella. Me encanta la esencia revolucionaria de los franceses. Un pueblo que se queja, pelea, grita por sus derechos. Pero desde hace días no puedo salir de aquí, estoy atrapada, nada funciona. Bueno casi nada... Voy de camino a probar la única salida que tengo: el bus barato que tarda nueve horas a Barcelona.

La caminata se me hace nostálgica, triste, como cuando una boda termina y uno mira el vacío junto con el despelote que queda. Parece ilógico que el día anterior, cerveza mediante, observaba a todos los revolucionarios que prendían los cubos de basura y llantas en el medio de la calle. Hoy solo queda la ciudad gris con olor a ahumado.

Cuando llego la estación está vacía, no hay ni un guardia de seguridad. Veo el autobús verde entrar a lo lejos. Me acerco a preguntar "¿Barcelona?", el chófer asiente. Meto mi maleta en el maletero y subo. Atravieso el pasillo hasta llegar a mi asiento: 17-B. Se nota que no es la primera parada, hay olor a humano sentado por horas.

Veo a mi compañero de viaje. Al parecer es de los que vienen viajando hace rato porque tiene la cara tapada con la capucha de su sudadera y las piernas abiertas de par en par. Siempre me intriga si los hombres piensan que se van a quedar estériles si se sientan con las piernas juntitas. Me siento y empujo un poquito su pierna. Se acomoda, pero sigue estando de mi lado, así que me pongo de costado sacando las piernas hacia el pasillo.

Después de tres horas de siesta, mi compi decide despertar y, sin inmutarse por mi situación postural, me dice con una sonrisa "¡hola!", le respondo brevemente y con mala cara. Hace dos horas acumulo odio. El viaje sigue en silencio.

Al rato aparece un muchacho caminando por el pasillo del bus. Va buscando a alguien, y lo encuentra. Busca a mi compi. Se pone de pie a mi lado, cogiendo el portaequipaje que está encima nuestro, y estira sus brazos, imagino que después de tantas horas... Empiezan a hablar en un idioma que desconozco. Lo que no desconozco es el olor que tiene ese hombre, "por favor, que baje esos brazos", pienso. Intento no hacer caras, pero siento que se me empieza a revolver el estómago. Me tapo la nariz con la sudadera para respirar un poco mejor, "pobre hombre... ¡Y pobre de mí!". Finalmente se va de nuevo a su asiento.

A la hora hacemos una parada de quince minutos y decido bajar al baño junto con otras personas. Cuando vuelvo a subir están estos dos personajes

hablando. Qué pereza. Uno que no me deja sentarme tranquila y el otro que viene de visita con olor a zorrillo muerto. Me siento atravesando la pared de hedor que cubre mi asiento.

En ese momento se quedan callados y el amigo me mira con cara de felicidad, lo miro con suspicacia, ¿acaso se ríe de mí? Me hace un gesto de "espera". Busca en sus bolsillos y con cara de perro labrador, feliz y juguetón, saca unos chocolates y me los ofrece. "No, no, gracias", le digo. No quiero fomentar que venga con asiduidad a visitarnos, pero insiste tanto que me da vergüenza decir que no por décima vez. "Gracias", sonrío un poquito y, viendo la oportunidad, le ofrezco mi asiento, "nooooo, no, no, no, no", dice con énfasis, como si estuviese inmolándose por darle el asiento.

Al irse mi (aún) compi de asiento me mira y me dice "perdón por tener las piernas abiertas, me han operado recientemente de la rodilla y me duele mucho apoyarlas contra la silla de delante". Le digo que no pasa nada, que fue un poco incómodo, pero nos puede pasar a todos, que gracias por explicarlo. Mi odio por estos dos seres iba en decadencia, ¿dónde había quedado todo el rencor recolectado?

Al rato mi compañero me empieza a hacer preguntas sobre mi vida, y yo, más obligada que interesada, también por la suya. Me empieza a contar que viene de Bosnia viajando desde hace 36 horas; pasó por Croacia, Eslovenia, Italia, Suecia,

Alemania, Bélgica, Francia y ahora ya se acercaba a su destino final: Barcelona. Iba a visitar a su padre. "Ah, ¿tu padre es español o vive en España?". Esta pregunta disparó otra ronda de historias. Era su padre adoptivo, a quien no veía hacía veinte años. Lo había criado desde los catorce hasta los dieciocho por la guerra que hubo en Bosnia-Herzegovina, una guerra cruel y cruenta que no muchos tienen presente hoy día.

Para poder ir al reencuentro había ahorrado un poco de dinerillo y su amigo se había animado con esta aventura. Mi compi hablaba español, pero su amigo no. A medida que avanzaba la historia empezaba a sentir simpatía y empatía por esta persona.

Al comienzo de la guerra, él tenía catorce años y al poco tiempo sus padres decidieron enviarlo a España, separándolo de toda su familia y amigos de la infancia. Cuando llegó a España, este hombre con su mujer lo esperaban en la estación de tren. Su madre adoptiva había fallecido hace unos años y él estaba decidido a ver a su padre una vez más. No lo contaba con tristeza, sino con ganas de volver a ver a quien había salvado su adolescencia, y con tanto amor le había enseñado español y un poco de catalán. A la vuelta lo esperaban de nuevo en Bosnia su pareja y sus tres hijos, con ganas de saber sobre su reencuentro.

La historia continuaba: su vuelta a Bosnia, lo extraño que se sentía cuando llegó, lo diferente

que estaba su familia, aunque por suerte todos estaban vivos.

Para este entonces nos encontramos entrando a Barcelona. No había rastros de la irritación inicial del viaje, estaba emocionada como él, totalmente comprometida con esa historia que no era la mía. A esta altura se notaba la emoción en la voz de mi compañero, le temblaba la voz y tardaba en pronunciar las palabras. "¿Te está esperando en la estación?", le pregunto. No, su padre no sabía que él estaba yendo a verlo. En ese momento, el bus frena en el parking de la estación Barcelona Nord y abre sus puertas, "el tiempo de ensueño ha acabado, aquí está la realidad", nos dice el aire fresco que entra por la puerta.

Mi compañero y su amigo bajan conmigo, me dan la mano con una sonrisa, nos decimos que mucha suerte con nuestras cosas e, incómoda por no saber cómo despedirme, me quedo parada. "Hasta siempre", me dice el bosnio.

Acerca del autor

Babsy Grandi (Argentina, 1992) es psicóloga sanitaria y trabaja en investigación social en el ámbito del autismo. Aunque no nació en la capital, suele decir que el resto del país siempre lo presupone.

A lo largo de los años ha vivido historias en las que, como afirma su profesora de escritura, la realidad supera a la ficción. Una de esas historias de encuentros inesperados la trae hoy a estas páginas.

Ahí arriba

Mis vecinos de arriba están locos. No aguanto más. Carlos intenta calmarme, me dice que no es para tanto, que todos los vecinos molestan de vez en cuando, pero yo no estoy de acuerdo. Él solo vive en esta casa los fines de semana, a veces ni eso, y yo en cambio siempre estoy aquí. Sola, en este piso. Soy yo quien siente los golpes sobre el techo de la cocina, la que oye las carrerillas por el pasillo, y sobre todo esos gritos insoportables a todas horas. Y el problema va a más.

Cuando me mudé aquí me dio la impresión de que este era un barrio tranquilo. El piso es pequeño, pero tiene una terraza desde la que puedo ver las azoteas de los edificios cercanos, cargadas de ropa tendida, de gorriones, abrasadas por el calor de media tarde. Es un piso alto y el ruido de los coches no le molestará, me dijeron en la inmobiliaria, y también que era una finca familiar donde todos los vecinos se conocían. Sin embargo, llevo aquí dos años y no me he cruzado con la mayoría de ellos. Sí suelo coincidir con la señora Herminia, pero no es ningún mérito, todos deben conocer a la anciana del primero que se pasa el día

barriendo las escaleras del vestíbulo. Alguna vez le he sugerido que espere al servicio de limpieza, que viene los martes y los jueves y que para eso se ha contratado, pero ella sigue haciéndolo, dice que le distrae la cabeza.

Hoy, al bajar, me la he encontrado sacudiendo el felpudo de un vecino. Buenos días, cómo está hoy, y tras escuchar una extensa retahíla sobre su artrosis, me he atrevido a hacerle la pregunta que llevo tiempo dando vueltas. Sabe usted quién vive arriba. Quién, chica. Mis vecinos de arriba, sabe quiénes son. Ah, el licenciado. No, ese no, a ese hombre le he visto alguna vez y vive en mi planta, los de encima de mí. Los chinos. No, tampoco esos acaban de llegar, yo me refiero a los que viven arriba del todo, a los del ático. La mujer ladea la cabeza mientras sacude con ahínco. Pues como no sea la familia. Qué familia. Llevan tiempo aquí, me explica, el piso era de ella y luego vino él. Tienen un niño pequeño y un perrete, son algo raros y van a lo suyo como hacen todos los jóvenes ahora. Pero esos viven en el cuarto A, añade. No, en el cuarto A vivo yo. Ah, chica, pues no sé.



Hoy es domingo. Son las nueve de la mañana. Me he despertado sin querer al escuchar la alarma de un móvil que no es el mío. Los vecinos, otra vez. Reviso mi teléfono para ver si hay noticias de Carlos. Abro un mensaje de las cuatro y veinte de

la madrugada. Ya estoy en Moscú. Un beso. A saber qué hora será en Rusia ahora mismo.

Me preparo un café bien cargado y salgo a la terraza. El sol es rotundo, pero la ciudad duerme todavía. Me enciendo un cigarro. Le prometí a Carlos que no volvería a comprar, pero lo hice. Vuelvo a fumar y lo hago a escondidas, como una colegiala rebelde, me ayuda a concentrarme y eso es justo lo que necesito. Mañana tengo una entrega para Travel Confort, la revista donde trabajo como freelance. Escribo crónicas de viajes sobre lugares exóticos en los que nunca he estado. Lo hago desde esta misma terraza, arrojando mi mirada hueca a las calles alquitranadas y simulando que no estoy aquí, sino bien lejos, en algún lugar que solo puedo soñar.

Hoy toca escribir sobre Machu Picchu. Llevo documentándome varias semanas. Le propuse a Carlos viajar allí juntos en verano, pero me dijo que las vacaciones eran para descansar en casa. Carlos trabaja en una compañía aérea, hace dos viajes intercontinentales cada semana, a veces alguno más. Cuando lo conocí ya me lo advirtió, que su trabajo le boicoteaba todas las relaciones. Pero no lo creí.

Una ristra de nubes se enroca en el cielo y el viento se vuelve fresco. Aplasto el cigarro en el cenicero, y me preparo para trabajar. Al levantarme, veo una sombra proyectada en la barandilla. Al principio pienso que soy yo, pero enseguida me

doy cuenta de que no. La sombra es más pequeña, ágil y sus movimientos son disonantes a los míos. Me giro y miro hacia arriba, hacia el piso del ático, pero no puedo ver nada. Una robusta cornisa oculta la terraza superior. Me acerco al extremo de la barandilla, inclino mi torso hacia fuera, me pongo de puntillas, estiro el cuello para lograr ver qué hay ahí arriba. Quiero saber quiénes son, conocerlos por fin. Entonces el sol me ciega un instante, achico los ojos mientras el alarido de un perro se cierne sobre mi cabeza. Cuando vuelvo a abrirlos, la sombra se ha desvanecido.



Hoy Carlos está aquí, conmigo. Lo observo mientras se unta una tostada con margarina integral. Parece mentira que esté aquí, hace tres semanas que no nos veíamos. A veces pienso que es un fantasma.

Volvió ayer. Bajó del taxi con una sonrisa torcida y su inconfundible maleta roja. Pese a que estaba agotado, lo convencí para salir a cenar a un japonés del centro y luego fuimos al cine. Siempre le insisto en hacer planes cuando estamos juntos, porque si no parece que lo nuestro no sea una relación normal.

Hoy se ha levantado de mejor humor. Me ha contado anécdotas de sus últimos viajes, algunas incluso eran graciosas, y luego me ha preguntado: y tú qué has hecho estos días. Aquí, aguantando a los vecinos. Me quejo y él sonríe. Yo no oigo nada,

añade. Hoy puede que no, pero la otra noche dieron una fiesta hasta las tres de la mañana. Carlos estira un brazo hacia mí y me acaricia la nuca. Sabes que ahora tienen un perro. Ah sí, me mira, qué raza es. Debe de ser grande porque siento sus galopadas por el pasillo y a veces aúlla porque lo dejan solo. Se alza un silencio. Y tú, te sientes sola, pregunta.



Hoy me he levantado con una jaqueca horrible. La noche ha sido movidita en el piso de arriba. Hubo otra fiesta, pero esta vez acabó mal.

El ascensor subió varias veces al ático. Aunque me asomé a la mirilla, no pude ver quiénes eran, ni escuchar en qué idioma hablaban, pero sé que había más de cuatro personas y menos de ocho, eso calculé. El perro ladraba todo el rato. Lo imaginé moviendo el rabo y escurriéndose entre un amalgama de piernas, demandando comida por debajo de la mesa, durmiendo a ratos.

Sobre la una de la mañana quise dormir, pero fue imposible. Risas atronadoras, sillas raspando el suelo y una especie de agitación latente se cuajaba en el aire. Me incrusté los tapones de espuma en los más hondo de mis oídos. Ni por esas. Ya de madrugada escuché cómo todos se iban, dieron un portazo seco que hizo retumbar toda la casa. Y entonces cuando comenzó el verdadero show. Deduje que algo había ocurrido en la cena, porque escuché cómo de repente alguien vociferaba de

repente, un objeto se hizo añicos contra el suelo y todo culminó entre sollozos ahogados en el baño. Entonces lo supe: eran dos. Un hombre. Una mujer. Y aunque no alcancé a escuchar lo que se dijeron, supe que los habitantes no estaban pasando por su mejor momento.

Los habitantes. Sí, así he decidido llamarles mientras no sepa quiénes son. Si tuviera la certeza de que se llaman María y Pepe, les llamaría por su nombre, pero por ahora solo son los habitantes del ático. Y se han convertido en una auténtica pesadilla. Me gustaría tener agallas para subir allí arriba ahora mismo. Tocaría a su timbre y me presentaría con una sonrisa sarcástica. Hola, soy su vecina de abajo. Un placer. Les quería pedir un favorcillo. No arrastren los muebles, por favor, no corran por el pasillo y aten a su perro, se lo ruego, trabajo en casa todos los días y molesta, sí, molesta mucho, así que les pido que bajen el volumen de la música, que no discutan ni golpeen las paredes, que no vean la televisión de madrugada, que no follen. Que no respiren. Que se vayan de aquí. Gracias.



El otro día salí a correr temprano. Necesitaba salir de casa y coger aire. Corrí más que nunca porque estaba enfadada, me puse furiosa con Carlos. Quedamos en que iba a venir este fin de semana a verme, pero al final aceptó un viaje a última hora. Se disculpó por WhatsApp, me grabó

un audio muy largo, pero ni siquiera me llamó. Te lo compensaré, decía, pero comienzo a no creerle. Cuando hace eso, me pongo a imaginar cosas que no me gustan y me da por pensar que una de dos: o Carlos se ve con otra o yo cada vez estoy peor.

No eran más de las ocho cuando volví de correr. Entré en el portal con el corazón desecho. El vestíbulo estaba a oscuras, solamente las luces de emergencia pestañeaban al fondo, deprisa. Recogí el correo. Solo había facturas y un *flyer* de colchones que deseché sin leer.

Entonces caí en la cuenta: si los vecinos de arriba también recibían correo, sus nombres deberían figurar allí, en una de esas cajetillas metálicas empotradas a la pared. No entiendo cómo no se me ocurrió antes. Me abalancé sobre los buzones ansiosa. Había más de una veintena. Leí todas las placas, de una en una, hasta que por fin lo encontré. Ahí estaba. El buzón de los habitantes era diferente al resto. No tenía placa de metal grabada, sino un simple papel manuscrito metido en el tarjetero. El rótulo decía: ÁTICO A. En mayúsculas. Sin nombres. Sin apellidos. Mierda.



Hoy he escuchado a un bebé. Hemos estado llorando hasta el amanecer.



Cada día que pasa estoy más ausente. No sé en qué día vivo ni qué tengo que hacer mañana. Mis

amigos me envidian por ello, por eso de tener libertad de horarios, pero yo siento que mis días son idénticos y tengo una sensación de irrealidad constante.

Además, no recuerdo cuándo fue la última vez que vino Carlos. Solo sé que pasó aquí una única noche, que llegó cansado como siempre y se marchó aún más, y que tenía que coger un vuelo a las seis de la mañana. No paraba de repetirlo la tarde anterior, para volar a la seis debo salir de aquí a las cuatro, decía. Estaba nervioso, por la huelga de taxis y por algo más que no llegué a saber.

Pasamos la noche viendo películas antiguas, adormilados en el sofá. Otro día que vengas nos vamos a la playa, le propuse y él contestó que sí, que cuando le diesen líneas europeas fijas podría hacer una vida normal. Todo llegará, lo animé.

Pero la verdad es que me da la impresión de que algo ha cambiado. Sus visitas son cada vez más fugaces, menos frecuentes, y empiezo a intuir algo que me aterra: Carlos no percibe el tiempo del mismo modo que yo. Vivimos a un ritmo totalmente diferente. Él vive el presente con agilidad, va de aquí para allá, mientras que mis días están enfangados en una lentitud espesa. Me caen encima uno tras otro como enormes olas de agua salada, me siento pecio hueco e inútil a la orilla del mar.

Y lo peor de todo es que tengo tanto tiempo libre que no paro de hacerme preguntas. Quién

soy. Mi vida es como yo esperaba o se ha convertido en otra cosa. Qué pasaría si...

Le observé desde el sofá mientras preparaba su equipaje. Iba de un lado a otro de la habitación recogiendo su ropa y amontonándola sin doblar dentro de la maleta. Pensé que no le cerraría la cremallera, pero él plantó su trole roja en el suelo y la cerró sin esfuerzo. Le ofrecí café y él me respondió con un beso. Un beso fugaz, con los labios cerrados, los ojos abiertos, no tengo tiempo, otro día. Cásate conmigo, le vomité de repente mientras bajaba las escaleras del rellano.



Hoy he encontrado un calcetín. Estaba en el tendedero sobre mi ropa húmeda, enredado entre los pantalones del pijama. El calcetín no es mío porque yo no uso este tipo de calcetines. Tampoco de Carlos. Es blanco, grueso, y tiene dos rayas azules en el elástico. Por suerte está recién lavado. Pero no es mío, insisto, es un calcetín de deporte de esos que absorben el sudor y yo no hago ejercicio. Ya no. Lo dejé como estoy dejando muchas otras cosas.



Ayer llamé a la revista y dimití. Estoy harta de trabajar en esta casa, de los *deadlines*, de la proce-
sión de tazas sucias de café sobre el escritorio. A mi jefe no le ha extrañado la decisión. Me estaba quemando. Así que ahora he decidido buscarme

un trabajo normal. Uno de esos en los que madrugas y coges el metro, y hablas con gente, das los buenos días y ríes o discutes, qué sé yo. Es lo que necesito, que se me mueva algo dentro.

Le expliqué mi decisión a Carlos y se alegró por mí. El otro día discutimos por las vacaciones. Él quiere pasar unos días con su familia, que apenas los ve en todo el año. Lo entiendo, pero me duele a la vez. Acaso no soy yo familia. Estamos en punto muerto. Imagino cómo sería mi vida sin él y creo que me sentiría igual de sola que ahora. Cada vez que me ve dudar de lo nuestro me dice que me quiere, y hasta me ha propuesto comprar un perro. Para que te haga compañía, matizó.



Llevo todo el día en el sofá. Hace un calor terrible fuera y no puedo hacer nada salvo dormir. El calcetín de los habitantes sigue sobre la mesa del comedor. Me interroga, entreabriendo esa boca desdentada que tiene. Me observa. Está a punto de decirme algo, pero luego se calla. Se contiene.

Estoy pensando en subir a devolverlo, pero creo que nadie abrirá la puerta. He subido muchas veces ahí arriba, he picado al timbre, pero los habitantes no abren, jamás lo hacen, y todavía no sé quiénes son.

De repente, oigo golpes sobre el techo del pasillo. El perro comienza a ladrar, alguien está llorando. Están en casa. Me levanto aturdida y cojo

el calcetín. Lo inspecciono y decido: ha llegado el día de acabar con esto.

En el rellano alcanzo a escuchar alguna frase suelta. Creo que esta vez no tendrán excusa para no abrir.

Me armo de valor y subo las escaleras con paso firme como quien cruza una selva salvaje plagada de aullidos. Enseguida llego arriba, a ese rellano idéntico al mío, y me planto frente a la imperiosa puerta del ático A. Los gritos cesan de repente y un silencio tenso se deshilacha en el aire, hasta que... Ding dong. Toco el timbre y el mundo se detiene. Ding dong. Un timbrazo doble. No hay vuelta atrás. Contengo la respiración mientras el miedo me trepa por el estómago. Siento que alguien se asoma por la mirilla, o lo imagino tal vez. Me observan en la distancia y entonces me doy cuenta de que no he pensado lo que voy a decirles.

Cojo aire.

La puerta se abre, pero solo un palmo, unos centímetros, la cadeneta está echada. Alguien ha abierto, pero no veo quién es. Agacho la cabeza. Un niño. Hola, están tus padres. Debe de tener unos siete años y me mira con ojos de sandía, no sé por qué pienso en una sandía cuando veo sus ojos, puede que sea porque son redondos, inmensos, y porque están enrojecidos. El niño no contesta. Tampoco sonrío. Cómo te llamas, le pregunto. Del piso emerge una calma inquietante, escucho a alguien conversar al fondo, pero no logro

saber qué dice. Mi papá se va, y esta vez es para siempre. Vuelvo a mirarle, su voz tiembla y un rictus extraño le cuelga de los labios. Me agacho para estar a su altura, para hablarle de frente como si fuéramos iguales, para calmarle. Lo observo. Hay algo familiar en él.



Justo cuando estoy a punto de decirle al niño que no se preocupe, unas piernas desfilan por el pasillo. Es un hombre con una trole, una maleta roja con los ruedines desgastados. Me asusto y me levanto.

Estoy a punto de echar a correr o de desmayarme, pero entonces me da por alzar la vista y leer el rótulo dorado que hay encima de la puerta. Cuarto A.

Y tú quién eres, pregunta el niño sandía.

Acerca del autor

Lu Pérez (Barcelona, 1985) estudió Humanidades y se especializó en Literatura comparada. Amante de los libros, combina la escritura con su profesión en el ámbito editorial.

“Nieve” fue su primera novela, ganadora del VII Certamen Auguste Dupin, obra en la que confluyen los códigos del género negro y del terror con la narrativa más introspectiva.

ÍNDICE

Prólogo	4
Directo al mentón.....	10
José Luis Enríquez León	
El viento en contra	20
Chus Amesti	
Algunas guerras sin nombre	27
Pilar Casas	
POESÍAS	34
Jorge Luis Morales	
Muriel Augry	
Ángel Rupérez	
María de la Sierra	
Desamor digital.....	50
Jaime Pérez de Sevilla y Bautista	
El bus	55
Babsy Grandi	
Ahí arriba	61
Lu Pérez	

ISBN: 978-84-09-61374-8 (_ 4)
DEPÓSITO LEGAL: M-24165-2023

EJEMPLAR SIN VALOR COMERCIAL

Con patrocinio de:



CONFASSOCIAZIONI[®]
ESPAÑA



Accademia Mondiale della Poesia
World Poetry Academy
Académie Mondiale de Poésie



KENLU
travel